

cia, clavó sus ojos crueles y taladrantes en mi compañero, y con voz de rabia y de odio, exclamó:

—¡Ah! ¿También sabéis eso? ¡No importa! La vida es larga y ya nos volveremos á encontrar. Veremos á ver quién se ríe entonces.

Holmes lanzó una carcajada.

—Por de pronto, ahora me río yo—contestó,—y me reiré durante mucho tiempo, pues me parece que no libraréis con dos ni tres años. A propósito: ¿qué fué lo que metisteis en los pantalones destinados á la cremación? ¿Un perro muerto? ¿Unos conejos?

El viejo no contestó, y apretando los labios hasta quitarles el color y centelleándole las pupilas, siguió mirando á Holmes.

Mi compañero, encogiéndose de hombros, continuó:

—¿No lo queréis decir? Igual da. Yo creo que dos conejos fueron suficientes para la sangre y para los huesos. Si alguna vez, querido Watson, escribís esta historia, podéis asegurar que fueron dos de esos simpáticos animalillos.

## LOS MONIGOTES

### I

Hacia largo tiempo que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintas odorisades.

Largo tiempo hacía también que yo le miraba y le comparaba mentalmente con una colosal ave de rapaña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza, y mirándome fijamente exclamó:

—¿De modo, amigo Watson, que no estáis completamente decidido?

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en papel sudamericano.

Di un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar á tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.

—¿Quién os lo ha dicho?—pregunté estupefacto.

Holmes dió la vuelta en el taburete, y con un tubo de experiencias en la mano se me quedó mirando. Por sus labios vagaba una sonrisa irónicamente burlesca.

—Vaya, confesad, amigo Watson, que os ha sorprendido mi pregunta.

—Lo confieso.

—Estoy á punto de exigirlos por escrito esa confesión.

—¿Por qué?

—Porque dentro de cinco minutos opinaréis que no tiene nada de particular que os haya adivinado el pensamiento.

—De ningún modo, querido. Lo admirable es siempre admirable.

—Perfectamente. Ahora veréis.

Dejó cuidadosamente el tubo en un vasito de cristal; se levantó del taburete, y viniendo á sentarse junto á mí, empezó á hablar.

—Todo descubrimiento se basa sobre una serie de deducciones perfectamente enlazadas unas con otras y absolutamente necesarias entre sí. Teniendo en cuenta esto, si nos llamamos las deducciones intermedias y decimos únicamente el punto de partida y la conclusión, produciremos un efecto sorprendente, aunque no muy estable y seguro en la mayoría de los casos. Por ejemplo, ahora yo no he necesitado más que examinar el espacio que existe entre vuestros dedos índice y pulgar, para deducir que no es-

táis muy decidido á arriesgar vuestro capital en las minas de oro sudafricanas. *Antes dijo: sudamericanas.*

—Pues no veo la relación...

—Ahora la veréis. Voy á deciros los eslabones que faltan á esta cadena deductiva.

1.º Ayer por la tarde, cuando volvísteis del Círculo, traíais manchada de tiza la mano izquierda, entre los dedos pulgar é índice.

2.º Generalmente esa parte de la mano es la que se unta de tiza para que resbale mejor el taco cuando se juega al billar.

3.º Vos no jugáis nunca al billar más que con Thurskon.

4.º Hace un mes me dijísteis que Thurskon, no teniendo bastante dinero disponible para comprar unas acciones de las minas de oro que le habían propuesto, dándole un mes de plazo para pensarlo, os ofreció la mitad.

5.º Vuestro talonario de *cheques* lo tengo yo guardado en mi secreter y no me habéis pedido la llave.

6.º y último. Se comprende que no queréis arriesgar vuestro capital en esas acciones.

—¡Pues sí que es sencillo!—exclamé sin poder contener la exclamación.

—¿Lo véis?—contestó Holmes un poco molesto. —Todo nos parece muy sencillo en cuanto nos descubren el secreto. Sin embargo, hay problemas que... Por ejemplo, mirad este papel.

Y tirando encima de la mesa una hoja de papel

se entregó de nuevo á sus experimentos químicos. Cogí el papel estupefacto. Allí no había más que unos cuantos jeroglíficos.

—¡Pero esto es cosa de chicos!—exclamé después de darle mil vueltas y de mirarlo en todos sentidos.

—¿Estáis seguro?

—No puede ser otra cosa.

—Desgraciadamente no es esa la opinión de mister Hilton Cubitt, de Reding Thorpe Manor, Norfolk. Ese enigma que véis ahí lo he recibido esta mañana por correo y esta tarde recibiré la visita de quien me lo ha enviado.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—¿No lo dije?—continuó Holmes.—O mucho me engaño ó ese que ha llamado debe ser él.

Sonaron pasos firmes y enérgicos en la escalera, luego en el pasillo y momentos después se abrió la puerta del cuarto y entró un hombre alto y corpulento. Todo su aspecto, desde la rubicundez del afeitado rostro y la bondad de sus ojos claros y serenos, hasta su vestir sencillo, pero elegante, revelaban un hombre sano acostumbrado á vivir lejos de las nieblas de Baker Street. Con él pareció entrar una ráfaga campesina. Después de estrecharnos las manos iba á sentarse, cuando sus ojos tropezaron con el papel que me había dado Holmes hacía un momento, y volvió á coger la mano de mi amigo diciendo:

—¿Qué, Sr. Holmes, habéis descubierto el enigma? Me han dicho que sois muy aficionado á los asuntos misteriosos.

Holmes inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues bien; ninguno tan extraño y tan oscuro como el mío. Os envié este papel esta mañana para que tuviérais tiempo de descifrarlo antes de que llegase yo.

—Realmente—contestó Holmes, se trata de un documento muy curioso. A primera vista parece el dibujo de un niño que intentase representar una porción de monigotes bailando. ¿Qué motivos tenéis para conceder tal importancia á una cosa tan grotesca?

—Se trata de mi mujer, Sr. Holmes. Hace unos días que la noto cambiada, silenciosa, temblando al menor ruido, con los ojos llenos de terror. Ese es el motivo que me ha obligado á enviaros estos monigotes y á venir en busca de vuestro talento.

Holmes levantó el papel y lo puso á plena luz. Era una hoja arrancada de algún cuaderno y en ella había dibujados varios monigotes. (Fig. 1.<sup>a</sup>)

Durante largo rató reinó un silencio absoluto. Por fin, Holmes, guardándose el papel en la cartera, dijo:

—Cada vez me convenzo más de que este asunto me dará bastante que hacer. Ahora, aunque en



Figure primera.

vuestra carta no dábais muchos detalles respecto de vuestra personalidad, desearía, Sr. Hilton Cubitt, que los repitiérais y ampliárais para que los oiga mi compañero el doctor Watson.

Hilton Cubitt me lanzó una mirada tímida, después, carraspeando y retorciéndose nerviosamente las manos anchas y rudas, empezó:

—Yo, señores, no tengo condiciones de narrador ni facilidad de palabra. Todo lo contrario. Así, pues, contaré las cosas como pueda, y si alguna os parece confusa debéis decírmelo para explicarla. Quiero que os enteréis perfectamente. Hará un año que contraí matrimonio. Aunque no soy muy rico, mi familia es una de las más antiguas del condado de Norfolk y hace cinco siglos que se establecieron los primeros Cubitt en Riding Thorpe. Hará cosa de un año vine á Londres con motivo de las fiestas del pueblo en compañía de Parker, nuestro párroco, y ambos nos hospedamos en una casa de huéspedes situada en Rursel Square.

Allí trabé conocimiento con una joven americana llamada Elsa Patrick. Simpatizamos desde el primer momento, y antes de un mes ya estaba locamente enamorado de ella, y pasados unos días del segundo nos casamos y volvimos inmediatamente á Riding Thorpe. Tal vez, señores, os parezca que un individuo de mis condiciones, perteneciente á una de las familias más nobles y activas del condado de Norfolk, hizo mal casándose de un modo tan precipitado, sin cuidarse de averiguar los antecedentes y la

familia de su esposa; pero si la hubiéseis visto, comprenderíais mi súbita lucura.

Sin embargo, he de decir en descargo de ella, mejor dicho, en alabanza suya, que conmigo se portó lealmente. Antes de casarnos me hizo la siguiente confesión: «En otros tiempos, Hilton, formé parte de una sociedad secreta que pesó cruelmente sobre mi vida hasta tal punto, que no sé lo que daría por no tener un pasado tan doloroso. Aún estáis á tiempo, pero tened la seguridad de que si os casáis conmigo no tendré nunca que ruborizarme delante de vos y de que en mi pasado no hay nada deshonoroso para mí. Además, en el caso de que me aceptéis habéis de resignaros á no saber una sola palabra de todo lo ocurrido antes de conoceros. Si os parecen demasiado duras estas condiciones, volvéos á Norfolk y abandonadme; yo seguiré la vida como si no nos hubiéramos conocido nunca.» Por toda contestación la cogí la mano y la besé en la frente. Mi palabra estaba dada y desde entonces la he cumplido religiosamente.

Pasó un año, y nuestra vida era de una felicidad envidiable. Pero de pronto, el mes pasado aparecieron las primeras señales de tempestad. Cierta día mi mujer, que no recibía nunca correspondencia, se encontró con una carta procedente de América, según pude adivinar por el sello de origen. Al leerla se puso lívida, y haciéndola mil pedazos la arrojó al fuego. Ninguno de los dos, fieles á nuestra promesa, hablamos del incidente. Desde entonces no hubo mi-

nuto de tranquilidad para ella. Como os dije antes, parece estar bajo el peso de un presentimiento terrible y sus ojos expresan un terror constante. A no ser por la promesa que la hice, yo la hubiera hablado ya y tal vez confiándose ella á mí conjuraríamos el peligro; pero en vista de su silencio yo también he callado, aunque con gran dolor de mi alma. Debo advertiros, sin embargo, que ni un solo momento dudé de ella. Es una mujer admirable; conoce mi modo de ser, el culto que rindo á la caballeridad, el respeto que la tengo, y por nada del mundo cometerá una falta que pudiese manchar mi nombre.

Y ahora llegamos á la parte extraña y misteriosa de esta historia.

Hace próximamente una semana, el martes último, encontré en el trozo de muro que hay debajo de la ventana de mi cuarto una porción de monigotes semejantes á los que hay en ese papel y dibujados con tiza en la piedra. Creí al principio que los habría hecho el lacayo, pero éste me juró y perjuró repetidas veces que no hizo tal cosa. Mandé que los borrarán y le dí cuenta á mi mujer del hallazgo. Con gran sorpresa mía se afectó profundamente y me rogó que si volvían á aparecer otros dibujos como aquél, le avisara antes de borrarlos. Transcurrió la semana sin novedad; pero ayer por la mañana me encontré en el jardín esa hoja que os he enviado. Al enseñársela á Elsa, la produjo tal efecto que cayó sin conocimiento. Desde entonces, parece vivir en sueños, en una pesadilla horrible, y á mis súplicas

responde con miradas dolorosas, de sonámbula, de mujer que ya no vive en este mundo. Ahí tenéis, señor Holmes, mi historia. Acudo á vos, esperando que no desoigáis mis súplicas. No soy un hombre rico; pero si lográis descubrir este enigma y salvar á mi esposa, estoy pronto á quedarme en la miseria para recompensaros.

Calló Hilton Cubitt. Nuestras almas se sintieron impulsadas hacia la franca y sana de aquel hombre de la antigua nobleza inglesa, de ojos azules y de ademanes sencillos. En sus palabras sentimos vibrar la abnegación y el amor que sentía por su mujer, y largo rato después de haber terminado de hablar, un silencio augusto llenaba la habitación. Por fin Holmes habló.

—¿No os parece, Sr. Cubitt, que lo mejor sería interrogar á vuestra esposa y rogarla que os confiera su secreto?

Hilton Cubitt sacudió la cabeza denegando.

—Ya os he dicho, Sr. Holmes, media entre nosotros dos mi palabra de caballero. Cuando Elsa no me ha dicho nada es que no puede hacerlo y deber mío es respetar su silencio. Pero en cambio la veo en peligro, y como tengo el derecho y la obligación de defenderla lo haré cueste lo que cueste.

Holmes le tendió la mano y le estrechó la suya enérgicamente.

—¡Bravo, Sr. Cubitt! Sois un perfecto caballero y, por lo tanto, os serviré con toda mi alma. Vamos á ver: ¿os habéis fijado si ha habido algún extran-

jero estos días en las cercanías de vuestra casa?

—No; no he visto á nadie extraño.

—La localidad será lo suficiente tranquila y lo suficiente pequeña para que no pasara inadvertido cualquier forastero, ¿no es así?

—No tanto. Cerca de Norfolk hay algunas playas notables y no pocos hoteles, casi siempre llenos de forasteros.

—Eso varía la cosa. Indudablemente estos monigotes no son producto de un entretenimiento ó de una distracción, sino que tienen un significado, en cuyo caso hemos de procurar averiguar la clave. Sin embargo, necesito una base mayor que ésta, es decir, más dibujos, porque este sólo no es suficiente. Así, pues, me parece que lo más conveniente es que os volváis á Norfolk, organicéis una severa vigilancia y en cuanto notéis la aparición de más monigotes me lo comunicáis inmediatamente. Es lástima que no os quedárais con copia de los otros, de los que aparecieron en la piedra debajo de la ventana. También debéis procurar enteraros quién ó quiénes son los últimos forasteros que han llegado estos días á las playas cercanas y me lo comunicáis en seguida. Estos son los consejos que os puedo dar por ahora, Sr. Cubitt; en la inteligencia de que si ocurriera algo inesperado ó grave me ponéis un telegrama y en el primer tren saldré de Londres para reunirme con vos.

## II

Profunda impresión le causó esta entrevista á mi amigo. En días sucesivos lo ví preocupado y reflexivo, examinando constantemente el papel lleno de monigotes, pero, no obstante, ni él ni yo volvimos á hablar una palabra más acerca del asunto, hasta que, pasados quince días, una tarde en que yo me disponía á salir, Holmes me cogió de un brazo, diciéndome:

—Me parece que haríais mucho mejor quedándoos en casa.

—¿Por qué?

—Porque he recibido esta mañana un telegrama de Hilton Cubitt. Ya recordaréis: Hilton Cubitt, el de los monigotes misteriosos.

—Sí, sí; ya recuerdo.

—Pues bien; en ese telegrama me rogaba que le esperase. A la una y veinte habrá llegado á Liverpool Street y dentro un momento estará aquí. Según parece han ocurrido graves acontecimientos.

No tuvimos que esperar mucho. Nuestro gentilhombre de Norfolk vino desde la estación con toda la rapidez posible. Parecía más aplanado, más triste, con ojos cansados y la frente rugosa de preocupaciones.

—Me voy á volver loco, Sr. Holmes—exclamó, derrumbándose sobre el primer sillón que encontró.

—La verdad es que no tiene nada de agradable sentirse rodeado de seres extraños é invisibles llenos de malos deseos, y resulta mucho más terrible cuando estos mismos seres, ante mis mismos ojos, van matando lentamente á Elsa.

—¿Y ella se obstina en callar?

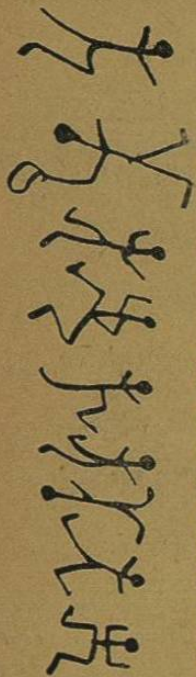
—Sí. Aún no me ha dicho nada, y eso que muchas veces yo la noto deseos de hablarme, de revelarme el secreto, pero no se atreve y vuelve á caer en su desesperante mutismo. Yo he intentado ayudarla en muchas ocasiones, tirarla de la lengua, fingiendo suspicacias y enojos que no existían. Nada. Parecía como que iba á abrirme el santuario de su alma; pero al tender yo ansioso las manos, al suplicarla con mis ojos llenos de angustias, ella dejaba caer la cabeza, lanzaba un

suspiro profundo y se alejaba de mí.

—¿Y de descubrimientos? ¿Qué hay de nuevo?

—Bastantes. Tengo una infinidad de monigotes que enseñaros, y hasta he visto al personaje que los...

Figura segunda.



—¿El autor de ellos?—interrumpió Holmes.

—Sí, al autor de ellos. Pero como todo en esta vida requiere mucho método, vamos por partes. A la mañana siguiente al día en que celebramos la primera entrevista, me encontré con nuevos monigotes dibujados con tiza en la puerta de una caseta de madera donde guardamos los útiles de jardinería. Aquí tengo la copia.

Y sacando un papel del bolsillo vimos este geroglífico. (Fig. 2.<sup>a</sup>)

—Perfectamente—dijo Holmes después de examinarlo largo rato.

—Continuad.

—Después de copiarlos los borré, y al cabo de dos días apareció otra nueva inscripción. Aquí tenéis el facsímil. (Fig. 3.<sup>a</sup>)

Holmes se frotó las manos, y echándose á reír exclamó:

—¡Bravo! Esto marcha.

—Tres días más tarde—continuó Hilton Cubitt—apareció esta nueva inscripción en la piedra del reloj de sol, y que como véis, es enteramente igual á la anterior. Entonces decidí ponerme en acecho, y armado de revólver me instalé en mi despacho que, según ya os dije, tiene una ventana, desde la cual se domina perfectamente todo el jardín. A eso de

Figura tercera.



las dos de la madrugada, sentado yo en la más completa obscuridad junto á la ventana, y estando iluminado el jardín por la clara y blanca luz de la luna, sentí ruido de pasos detrás de mí. Volví la cabeza rápidamente... y me encontré con mi mujer. Venía vestida con una bata sobre la cual resaltaba la lividez del rostro, y con voz temblorosa y mojada de lágrimas me rogó que me acostara. Entonces yo la contesté que estaba dispuesto á saber quién era el individuo que nos jugaba tales partidas, y ella repuso que no hiciera caso, que aquello eran bromas sin importancia de ningún género.

—Ahora, si realmente os molestan—añadió—¿por qué no viajamos? ¿Queréis que nos vayamos muy lejos de aquí?

—¿En qué quedamos?—contesté.—Decís que no se trata más que de una brujma, ¿y hemos de concederle tal importancia hasta el punto de abandonar esta casa donde hemos sido tan felices?

—Bueno—suspiró ella.—Acostáos. Mañana hablaremos. ¡Ah!...

Sentí temblar su mano en la mía, y á la luz de la luna me pareció más lívido su pálido semblante. Entonces miré hacia el jardín. Cerca de la caseta de madera ví arrastrarse un bulto, hasta se sentó en el suelo, frente á la puerta. Saqué el revólver del bolsillo, y ya iba á saltar por la ventana cuando mi mujer me echó los brazos al cuello, sujetándome con todas sus fuerzas. Largo tiempo luchamos, pues en ella los nervios la duplicaban las fuerzas y resultaba

con casi tanto vigor como yo. Por fin logré desasirme y saltar al jardín, pero ya era tarde. El individuo había desaparecido. Sin embargo, y de igual modo que otras noches, dejó hué'as tras de sí. En la madera de la puerta había unos cuantos monigotes completamente iguales á los encontrados anteriormente. Aquí los tenéis en este papel. Recorrí toda la propiedad sin encontrar á nadie, lo cual tiene mucho de extraño, puesto que el individuo misterioso pasó la noche dentro de ella.



Figura cuarta.

—¿Que pasó la noche en vuestra casa?—interrumpió Holmes.

—Sí; porque al levantarme por la mañana y examinar la puerta de la caseta, me encontré con una nueva línea de monigotes debajo de la anterior.

—¿La habéis copiado también?

—Sí; es muy corta. Tomad.

Sacó un papel del bolsillo. La nueva danza era la que marca la figura 4.<sup>a</sup>

—Decidme—preguntó Holmes, en cuyo rostro comprendí el gran interés que iba tomando en el asunto:—¿esta inscripción estaba colocada inmediatamente después de la otra ó aparte?



—Aparte. Estaba dibujada en la otra hoja de la puerta.

Perfectamente. Esa observación es importantísima. Y ahora proseguid vuestro relato, Sr. Cubitt.

—Ya he terminado, Sr. Holmes. No me queda más que deciros la gran contrariedad que me causó el verme detenido por mi mujer cuando iba á castigar al misterioso dibujante. Luego me dijo que si hubiera hecho tal cosa me habría pesado, y esta afirmación suya me hizo creer que no le era desconocido el tal granuja. Sin embargo, Sr. Holmes, era tan sincero su dolor y tan palpable su cariño hacia mí, que la perdoné y me juré á mi mismo no contrariarla en nada. Ahora vos decidiréis; pero por de pronto he de advertiros que tengo pensado montar una guardia con algunos de mis criados de los más brutos, para que si vuelve ese nocturno visitante le den tal paliza que no le queden más ganas de volver á pintar monigotes. ¿Qué os parece?

—Qué eso no es bastante—contestó Holmes.—Desgraciadamente me parece que se trata de una cosa demasiado seria para obrar de tal modo. ¿Cuánto tiempo pensáis estar en Londres?

—Muy poco; esta noche me vuelvo á Norfolk. Por nada del mundo dejaría sola á mi mujer.

—Tenéis razón; pero, sin embargo, si os hubiéseis quedado uno ó dos días nos hubiéramos ido juntos. En fin, ¡qué se va á hacer! Dejadme esos papeles y espero que dentro de poco habré resuelto el enigma y os haré una visita.

Hilton Cubitt se puso en pie y tendió la mano á Sherlock Holmes, diciendo:

—Adiós entonces; ¡no olvidéis que en vos tengo todas mis esperanzas!

Holmes se inclinó con su característica frialdad, que no perdió un solo momento durante la entrevista, á pesar de lo cual yo comprendí que estaba profunda y seriamente intrigado é interesado en el asunto.

Efectivamente. Apenas desapareció el enorme corpachón de Cubitt, Holmes se abalanzó sobre los papeles llenos de monigotes, y sentándose en la mesa, se abrumó en largas meditaciones y en detenidos análisis. Durante dos horas no pronunció una sola palabra y le vi escribir infinidad de números y de letras. Tengo la seguridad de que llegó á olvidarse de todo cuanto le rodeaba, incluso mi humilde personalidad. A veces, sin duda cuando tropezaba con una solución, silbaba y tarareaba entre dientes mientras emborronaba las cuartillas; á veces parecía desalentado, falto de orientación, con la frente llena de arrugas y la mirada incierta. Por fin se levantó de un salto, y dejando escapar un grito de triunfo, empezó á pasear el cuarto frotándose jubilosamente las manos. Luego volvió á sentarse y escribió largamente en un impreso de telegrama.

—Si la respuesta es afirmativa, querido Watson—dijo después de escribir,—ya podéis ir preparando la pluma para anotar un nuevo triunfo y aumentar la narración de mis aventuras. Tengo esperanzas de

que mañana iremos á Norfolk y le podemos decir algo á ese hombre respecto de su asunto.

Confieso que, á pesar de lo despierta y excitada que estaba mi curiosidad, no me atreví á preguntar nada á Holmes. De sobra sabía que, enemigo de hablar antes de tiempo, no querría decirme nada hasta que tuviera contestación al telegrama que acababa de po...

## III

Pasaron dos días.

Holmes no podía disimular su impaciencia, y cada vez que llamaban á la puerta no aguardaba á que abriese la criada, sino que corría á hacerlo él mismo. Por fin el segundo día por la tarde llegó una carta de Hilton Cubitt, en la cual decía que todo marchó perfectamente hasta aquella mañana en que encontró en la piedra del reloj de sol una inscripción cuyo facsímil acompañaba. Los monigotes estaban dispuestos de la forma que marca la figura 5.<sup>a</sup>

Holmes examinó la inscripción largo rato, y de pronto se levantó bruscamente, lanzando un grito de angustioso asombro.

—¿Qué pasa?—pregunté.

—¡Nada!—contestó mi compañero.—¡Que hemos perdido demasiado tiempo! ¿Sabéis de algún tren que nos pueda llevar esta misma tarde á Nort-Walsham?

Nunca le había visto tan inquieto; su voz tenía un acento de sincera angustia.

Consulté la guía. Ya era tarde. El último tren había salido media hora antes. Holmes lanzó un juramento.